

Rito

Fernando Almena

PERSONAJES

ELISEO.

RÓMULO.

REMO.

SECRETARIA.

ORDENANZA.

SECRETARIO.

HOMBRE.

El escenario nos muestra el salón de una vivienda lujosa.

En el centro del foro, puerta de acceso a la misma. A la derecha, rincón con biblioteca y mesa de despacho. A la izquierda, zona de estar, compuesta por sofá, paralelo al escenario, y sillón, al foro; mesas de centro y rinconera.

Varios cuadros de buen gusto. Junto a la puerta, un perchero de árbol. Sobre la mesa de despacho, algunos papeles y una grapadora.

En el lateral izquierdo, puerta que comunica con el resto de las dependencias de la vivienda. En el derecho, un ventanal. Un gran espejo de marco dorado ocupará el lugar que se estime más conveniente.

La escena se encuentra desierta. Se abre la puerta del foro y aparece ELISEO con un manojó de llaves en la mano. Es un hombre de mediana edad y buena apariencia. Viste gabardina, con el cuello alzado, bufanda y sombrero. Su aspecto es de cansado. Cierra la puerta con lentitud y se sacude.

ELISEO.- ¡Maldita lluvia! No sé por qué ha de llover en la ciudad. Que llueva en el campo, que es donde se precisa. Aquí no somos labradores. Sólo burócratas, tratantes del vuelva-usted-mañana, funámbulos de la ambición y del descuello... (**Mira a uno y otro lado.**) ¡Rómulo, Remo! ¡Ah!, comodones, ¿de este modo dais la bienvenida a vuestro protector? Vuestros gráciles cuerpos gozando de las caricias confortantes de las sábanas, en tanto yo sufría la dura y monótona tarea de cada día.

(Presta oído en busca de algún ruido. Silenciosamente, se acerca al perchero y se despoja del sombrero, de la bufanda y, por último, de la gabardina. Bajo ella ha aparecido un abrigo. Por la gabardina.)

Lo práctico..., y (**Señala el abrigo mientras se lo desabrocha.**) el por si acaso, por si hay un acto público, una inauguración o una foto para la prensa. ¡Ah!, el abrigo, la prenda de la distinción, del empaque, el «importance symbol». La gabardina, la prenda de la mediocridad, pero práctica. (**Cuelga el gabán.**) Apariencias. ¿Para qué? Para mantenerse en el preponderante lugar conseguido en la carrera ambiciosa del hombre hacia el primer puesto. (**Pausa.**) Dormid, perezosos, marmotas, no corráis a mi encuentro. Vosotros no habéis tenido que soportar la tediosa y hórrida jornada. Vosotros sois ángeles liberados de mezquinas pasiones, de los empujones incesantes, de los carroñeros, de fidelidades... (**Cambia la voz, igual que hará cada vez que imite a otro personaje. Con comicidad.**) «Don Eliseo, usted sabe de mi incondicional fidelidad». (**Con su voz.**) Gracias, Pingárdez. «Por eso quiero advertirle, don Eliseo: cuidado con el señor Perejudo, no va con buenas intenciones». ¿Usted cree, Pingárdez? «Claro que lo creo, ambiciona el puesto que usted merece y que bien pronto conseguirá. Se lo advierto, no se fíe de su afabilidad, es ambicioso y maquinador». Creo que exagera. «No exagero». Está bien, se lo agradezco. (**Con una sonrisa estúpida.**) «No me lo agradezca, solo deseo que, entonces, se acuerde de este subordinado fiel». ¡Ay!, ¿cuándo se terminarán los Pingárdez, y cuándo los Perejudo! ¿Cuándo los compañeros de navegación! (**Con una nueva voz.**) «Eliseo, tú y yo vamos en la misma barca, eso está claro». (**Aparte.**) ¿En que barca?, ¿coño! (**Con no mucho convencimiento.**) Claro, Dionisio, claro. «Ayudémonos, pues, formemos equipo. Quien primero consiga el triunfo, apoyará al otro. Si así no lo hacemos, nos ganarán por la mano».

(Pausa. Se sienta a la mesa de despacho.)

Vosotros sois libres de la rutinaria e hiriente mediocridad.

(Se coloca ante los papeles, en actitud de trabajo. Por la puerta de la izquierda y con documentos en la mano, entra JULITA, de buen ver y mejor andar. Se sitúa delante de ELISEO.)

JULITA.- Haga el favor de firmar este documento, don Eliseo.

ELISEO.- (Con sonora e irónica voz.) ¡Pase!

JULITA.- Perdone... es que ha dicho el subsecretario que le urge...

ELISEO.- Y qué importa que le urja para comportarse con educación.

JULITA.- Está bien, ya le he dicho que perdone.

ELISEO.- Claro, perdone, perdone, con eso se arregla todo, A ver, deme. **(Firma malhumorado.)** De todos modos, no es culpa suya, le han apremiado y usted, ¡hala!, a volar. Porque usted sólo es una de mis secretarias y hace lo que le manden, sin iniciativa, ¿verdad?

JULITA.- Sí, señor.

ELISEO.- Pues no debería ser así.

JULITA.- (Coqueta.) ¿Está a favor de la mujer?

ELISEO.- No tengo por qué estar en contra, señorita.

JULITA.- ¿Y cree también que la mujer debe igualarse al hombre?

ELISEO.- ¡Qué manía! ¿Por qué ha de ser igual al hombre? ¿Acaso el hombre es modelo tan ideal como para pretender desafortadamente igualársele?

JULITA.- ¡Huy!, si va a resultar que es usted un feminista.

ELISEO.- Si lo que quiere decir es que estoy a favor de la mujer, está en lo cierto, señorita.

JULITA.- ¡Quién lo diría!

ELISEO.- ¿Qué le choca de ello?

JULITA.- No, nada, es que como usted es soltero y no sale con chicas, a pesar de que está de muy buen ver, pues... pensé que era misógino.

ELISEO.- ¿Sabe qué le digo, Julita?

JULITA.- (Zalamera.) ¿Qué, don Eliseo?

ELISEO.- Que se abroche el botón de la blusa, que se le ven los órganos mamarlos.

JULITA.- (Se abotona, cortada.) Sí, don Eliseo.

(En ese instante, por la misma puerta de la izquierda, aparece un ORDENANZA. JULITA recoge velozmente el documento firmado y se retira.)

ORDENANZA.- Permiso... ¡Buenos días!

ELISEO.- ¿Y usted quién es?

ORDENANZA.- Verá, yo antes estaba en la cuarta planta, pero me han trasladado a ésta. Por razones de ideología política, sospecho.

ELISEO.- ¡Ah!, ya ¿Y qué desea?

ORDENANZA.- Nada, que como es media mañana, por si quiere que le suba un cafelito.

ELISEO.- Oiga...

ORDENANZA.- Fulgencio, para servirle.

ELISEO.- Oiga, Fulgencio, el contribuyente no te paga para que sirva «cafelitos», ¿está claro?

ORDENANZA.- Como el café, quiero decir, como el agua. (Redicho.) Perdone, es un símil.

ELISEO.- Además, cuando quiero tomar café, bajo a la cafetería. No necesito que nadie me lo traiga.

ORDENANZA.- No me lo tome a mal, es que yo provengo del campo, y los del campo, ya se sabe...

ELISEO.- Yo también procedo del campo y no por ello incumplo con mis obligaciones.

ORDENANZA.- O sea, que es usted de familia de labradores.

ELISEO.- Así es, mi abuelo y mi padre fueron labradores.

ORDENANZA.- ¿Y también se llamaban Eliseo?

ELISEO.- (Sorprendido.) Sí, ¿por qué?

ORDENANZA.- Porque ustedes deben de ser los de los campos «Eliseos».

ELISEO.- Retírese, Fulgencio, y no vuelva salvo que lo llame.

(El ORDENANZA inicia el mutis.)

¡Un momento, aguarde!, ¿me puede dejar una moneda? Es para apretar este tornillo de la grapadora, que va mal.

ORDENANZA.- (Le entrega un duro.) ¿Quiere que lo haga yo?

ELISEO.- No, déjelo. (Aprieta el tornillo y le devuelve la moneda.) Tome, y gracias.

ORDENANZA.- No, quédese la.

ELISEO.- ¿Qué dice?

ORDENANZA.- Que se la quede.

ELISEO.- Pero...

ORDENANZA.- De verdad, quédese la. Si por un duro más o me nos no vamos a salir de pobres.

ELISEO.- (Se pone de pie.) Oiga..., usted, como se llame, tome su moneda y lárguese de aquí antes de que le forme expediente. Estaría bueno.

(El ORDENANZA escapa como alma que lleva el diablo.
En su salida, casi derrumba al SECRETARIO, tipo
característico de funcionario metódico, que entraba en
ese instante con un cartapacio bajo el brazo.)

SECRETARIO.- (Muy reverencioso.) ¡Buenos días, don Eliseo! ¿Quiere que despachemos en un momentito?

ELISEO.- Como desee.

SECRETARIO.- Muchas gracias.

ELISEO.- ¿Qué tenemos hoy?

SECRETARIO.- El asunto de los pagos aplazados, el de don...

ELISEO.- Ya sé. Otra vez ese pelmazo.

SECRETARIO.- Sí, pero ha presentado un suplicatorio (Saca un papel,) que reúne todos los requisitos y que no habrá más remedio que atender.

ELISEO.- ¡A ver, traiga! (Recoge el papel y le da una simple ojeada.) ¿Todos los requisitos? (Le devuelve el documento.) Está usted perdiendo facultades, García.

SECRETARIO.- (Mira y remira el papel.) Pues yo no veo que falte nada. Incluso dice «a V.I. con el debido respeto» y «cuya vida guarde Dios muchos años».

ELISEO.- ¡Le falta la póliza! (El SECRETARIO se amilana.) Antes de ponérselo de manifiesto, haga que se traspapele un par de meses.

SECRETARIO.- Pero, don Eliseo, ¿cómo voy a hacer tal cosa?

ELISEO.- ¿Estamos en un organismo oficial o no?

SECRETARIO.- Sí, señor, lo haré, lo haré.

ELISEO.- ¿Y qué más?

SECRETARIO.- Un grupo de señores solicitan una subvención para...

ELISEO.- Denegada. Esto, señor mío, es la Administración. ¡Más!

SECRETARIO.- Ha venido la comisión de afectados por las expropiaciones.

ELISEO.- Se quejarán encima... ¡Que vuelvan mañana!

SECRETARIO.- Pero, don Eliseo, estaban citados para hoy, ¿no recuerda?

ELISEO.- Me acuerdo de sus ganas de incordiar. Que vuelvan mañana.

SECRETARIO.- Pero han venido de tan lejos...

ELISEO.- Nadie les ha mandado hacerlo. Diga que estoy inaugurando un pantano. No, eso ya no se lleva. Diga lo que se le ocurra ¡A ver si no voy a poder estar ocupado!

SECRETARIO.- Como disponga.

ELISEO.- ¿Algún otro asunto?

SECRETARIO.- Nada más, sólo recordarle que el próximo martes tiene una reunión con el señor presidente.

ELISEO.- ¿Y porque se trate del presidente del gobierno, tiene que recordármelo a diario? ¿Lo he olvidado en alguna otra ocasión?

SECRETARIO.- No, señor, pero por si acaso.

ELISEO.- Déjese de por si acaso y recuérdemelo sólo el día anterior.

SECRETARIO.- Como ordene. Buenos días.

(Se retira andando hacia atrás como un animalillo asustado.)

ELISEO.- Siempre así. La inclemente lucha de toda una vida para debatirme a diario entre la agresiva pechuga de cualquier Julita, el «cafelito» de un ordenanza sansirolé y el recalcitrante recordatorio de un secretario tabarrero. ¿Todo el esfuerzo, todas las zancadillas soportadas, todas las trabas salvadas, para esto? Y vosotros, mis querubines, durmiendo con placidez, sin problemas, mientras yo me atormento impenitentemente... (**Se levanta.**) Maldigo a todos los hombres que pusieron ante mí las metas más elevadas, que me dibujaron como un ideal las más altas cimas, que labraron para mí yertos surcos que recorrer. Hombres que con la ambición han endurecido la vida. Los mismos que te ensalzaban y te destruían, que cultivaban la lisonja y la dificultad, que te exigían duramente...

(Pausa. Por el lateral, envuelto en incienso, aparece un HOMBRE, vestido con sotana. Es exageradamente alto, lo cual se acentuará por medio de unos calzos. ELISEO se verá diminuto, casi insignificante, a su lado.)

HOMBRE.- ¡Oh, Eliseíto! ¿Cómo has podido fallar? Todas las asignaturas con diez y solamente un nueve en religión. ¿Quieres renunciar a tu puesto de príncipe del colegio, o acaso has perdido la fe?

ELISEO.- No, reverendo hermano-director.

HOMBRE.- ¿No será que el maligno enemigo se ha apoderado de ti?

ELISEO.- Le prometo que no, reverendo hermano-director.

HOMBRE.- ¿O cometes actos impuros?

ELISEO.- No; bueno, sólo me meto el dedo en la nariz.

HOMBRE.- ¡Estúpido! Pregunto si te haces... pajitas.

ELISEO.- No sé qué es eso, reverendo hermano-director.

HOMBRE.- ¿Y pensamientos indecentes? ¿Callas? Cuenta, cuéntame en qué piensas. ¿En tiernas adolescentes de carnes apretadas y pechos incipientes y enhiestos? ¿En la Brigitte Bardot en pelota?

ELISEO.- No, no pienso en nada.

HOMBRE.- No me engañes, sicalíptico, que eres un sicalíptico. ¿No me lo dices? Ya lo harás luego en mi despacho. Ahora, entiende que Satanás quiere apoderarse de ti, perderte, separarte de tu camino, pero no lo dejaremos. Tú lo vencerás con mi ayuda. Vigila, no te duermas. Tienes que seguir siendo el número uno, el príncipe del colegio. Tu destino se presenta esplendoroso. Has de pelear para mantenerte siempre en el primer puesto. Debes triunfar sobre todos en la lucha por la vida. Estás capacitado y tienes, por consiguiente, la obligación de llegar a la cúspide, de saltar escalones y de reventar escalafones. Eres un luchador nato que no puede desfallecer. Y lo conseguirás. ¡Te lo exijo! Amén. **(Se retira a un segundo término, en penumbra.)**

ELISEO.- Exigencias, responsabilidades, obligaciones. Hombres que me han endurecido, que me han encanallado.

HOMBRE.- ¡Eliseo, preséntate para matrícula de honor!

ELISEO.- ¡Honor!

HOMBRE.- Tienes que ser algo en la vida: el mejor.

ELISEO.- Un triunfador.

(El HOMBRE se quita la sotana y queda vestido con un traje negro.)

HOMBRE.- Don Eliseo, diga a este tribunal el artículo 2.343, apartado quinto-bis, párrafo cuarto.

ELISEO.- Pues...

HOMBRE.- No dude, es el último ejercicio, y usted, el opositor que más alta puntuación lleva conseguida.

ELISEO.- Artículo 2.343, apartado quinto-bis, párrafo cuarto: «Al superior se le debe ciega obediencia, inquebrantable respeto y santo peloteo, y no se deseará a su mujer aunque sea de buen ver, de mejor hacer y digna de encamar».

HOMBRE.- Trabaje, trabaje, trabaje. ¡Suba!

ELISEO.- Este me estorba.

HOMBRE.- Cárgueselo. ¡Suba!

ELISEO.- Ese me lo impide.

HOMBRE.- Elimínelo. Nadie puede entorpecer su camino
¡Suba!

ELISEO.- Aquel me eclipsa.

HOMBRE.- Apiólelo. (**Hace mutis lentamente.**)

ELISEO.- Hombres inflexibles que quisieron hacer de mí un hombre, un hombre sin entrañas, férreo, despiadado... Pero yo soy sensible y delicado, a pesar de que hayan logrado que me comporte como ellos han querido. Por eso quiero ser yo mismo, como de verdad soy. Y hallar seres que piensen y sientan como yo, que me comprendan. Mas sólo hallo hombres estúpidos o subyugados o como quisieron que yo fuera. (**Pausa.**) Solamente vosotros, mis queridos Rómulo y Remo, me comprendéis, sólo vosotros. Y ahora ni siquiera salís a recibirme, a alegrarme con vuestra dicha, a hacerme olvidar mi abominable apariencia. Debemos celebrar mi regreso al hogar, embriagarnos de regocijo y fiesta. Los tres juntos, olvidados del mundo ambicioso y peleador. (**Grita.**) ¡Rómulo, Remo, despertad! ¡Despertad, marmolillos!

(Por la puerta de la izquierda, aparecen RÓMULO y REMO a la carrera. Son dos jóvenes con aspecto de adolescentes, de rostros casi femeninos y vestidos con pantalones y blusas de colores claros y puros.)

RÓMULO.- ¿Qué ocurre? ¿A qué esos gritos?

REMO.- No te habíamos oído llegar.

ELISEO.- De eso ya me he percatado. Dormíais, ¿verdad?

REMO.- No, contemplábamos las estrellas.

ELISEO.- ¿A las tres de la tarde?

RÓMULO.- Veíamos revistas del corazón.

REMO.- Si no, habríamos salido a recibirte.

RÓMULO.- Con la alegría de cada día.

ELISEO.- Precisaba que me regalaseis esa dicha vuestra. Precisamente hoy, que vengo malhumorado, cuando más lo necesitaba.

REMO.- Compensaremos con creces la espera.

RÓMULO.- Aliviaremos tu sufrimiento.

ELISEO.- Me ha dado por pensar, por recordar esta jornada y mi vida. Me ha martirizado. Pero ya pasó, estoy en casa y deseo olvidarme de todo, ser sólo yo. Vivir como me gusta, mi vida íntima de cada día, la que de verdad me pertenece. (**Con alegría casi infantil.**) Celebraremos nuestro ritual.

RÓMULO.- Te recitaremos tus poemas preferidos.

REMO.- Te deleitaremos con canciones vivificantes.

RÓMULO.- Rasguharemos el arpa en tu honor.

REMO.- Haremos que se desborde un río de champán.

ELISEO.- Sí, nos henchiremos de gozo, pero antes, mis alocados querubos, contadme cómo ha sido para vosotros esta nueva mañana.

RÓMULO.- Dulce y apacible, con el único anhelo del regreso de nuestro benefactor.

REMO.- Y nos divertimos con la visita.

(**RÓMULO y REMO ríen.**)

ELISEO.- ¿Hemos tenido visita?

REMO.- Sí, y de regalo te ha traído un jamón.

ELISEO.- ¿Un jamón, quién?

RÓMULO.- Un viejo amigo tuyo, un elevado militar, adivina.

ELISEO.- No caigo... ¡Qué extraño!, ¿un general?

REMO.- Solamente ha llegado a brigada, pero puso sana voluntad y manifiestas intenciones. El cabo Carbonell, más conocido por el cabo «cabronel».

ELISEO.- (**Duda.**) ¡Ah!, ya recuerdo, ¡esa bestia cuartelera! Claro que lo recuerdo. (**Cambia de voz.**) «Soldado Eliseo, sácale brillo a mis botas hasta que sonrían» A sus órdenes, mi primero. «¡Soldado Eliseo, te he dicho sobre el hombro, no sobre la barriga! ¿Eres gilipollas de nacimiento o te lo han enseñado en la universidad? ¡De frente... ¡ar! Un, dos..., un, dos... (**Realiza pasos de instrucción.**) Eliseo, llevas cambiado el paso. (**Salta, tratando de cambiarlo.**) Lo has vuelto a perder, ¡imbécil! Tanto estudiar, ¿para qué? No eres capaz de aprender a desfilas. ¡Eliseo!» (**Se detiene.**) A sus órdenes, mi primero. «Te voy a cortar los huevos y voy a hacerme un bocata de tortilla». ¡Sapo inconmensurable! ¿Cómo no lo habéis echado a patadas!

RÓMULO.- Dijo que te alegrarías de su visita, que los malos ratos de la mili se olvidan y se recuerda todo con cariño.

ELISEO.- El muy cretino.

REMO.- Venía a pedirte un enchufe para su hijo que quiere entrar en el ministerio.

ELISEO.- Lo que faltaba. Si vuelve por aquí, tiradle el jamón a la cabeza.

RÓMULO.- Es un profesional del ejército.

ELISEO.- Pues se lo tiráis a los acordes de una marcha militar. Desde luego, esto ha sido el remate.

REMO.- Perdona, Eliseo, te lo hubiéramos ocultado de saber que iba a entristecerte.

RÓMULO.- Olvídalo.

ELISEO.- Sí, debo olvidarlo, me he prometido olvidar. Pero los recuerdos me persiguen.

REMO.- Alégrate, comencemos con nuestro rito.

RÓMULO.- Sé tú mismo. Principiemos el ceremonial, nosotros te prepararemos con mayor esplendor que cualquier otro día.

ELISEO.- Sea, que el anhelo me concome.

(RÓMULO y REMO comienzan a desnudarlo con rapidez, hasta dejarlo totalmente en cueros, o con unos sucintos calzoncillos. Mientras, se desarrolla el diálogo.)

REMO.- Fuera las prendas que mancillan tu dignidad.

RÓMULO.- Despojemos tu apolíneo cuerpo de las vestiduras que lo ultrajan.

ELISEO.- No quede nada del atavío profanador. Quiero transfigurarme, huir de la imagen que me horroriza y me persigue en sueños, perturbándome.

RÓMULO.- Tu liberación.

REMO.- Por el hierático ritual.

(Lo observan, ya desnudo.)

RÓMULO.- Te presentas como un dios mitológico.

REMO.- Ahora que me fijo, el cabo «cabronel» no te cortó los *cataplines*.

(RÓMULO y REMO ríen.)

ELISEO.- ¡Vamos, badulaques!, no rompáis el sagrado rito. ¡Avivad! (**Confidencial.**) Es que me estoy quedando aterido. Lo que se dice, tieso.

RÓMULO.- A prisa, Remo, que se constipa la divinidad.

REMO.- Sí, apresurémonos, que la impaciencia le corroe más que el frío.

(Abren el armario y sacan diversas prendas de vestir.)

Para hoy hemos elegido el color azul, como símbolo de la grandeza celeste.

(Colocan a ELISEO un elegante vestido de color azul, que le cubre hasta los pies y con algo de cola.)

ELISEO.- Siempre sabéis dejar patente vuestro refinado estilo. Dejadme que me recree ante el espejo.

RÓMULO.- Aún no.

REMO.- Has de saber aguardar hasta el final, que la impaciencia está reñida con la delicadeza.

REMO.- Ahora, cubriremos de oro tu cabeza para que se ofrezca como el Sol saliente.

(Le colocan una peluca de largos cabellos rubios, que le cubre parte del generoso escote.)

RÓMULO.- ¡Qué maravilla! ¡Qué encanto en su figura!

REMO.- Pero le falta expresividad en el rostro. Los rasgos han de ser suavizados, sin renunciar al ardor, para definir su auténtica personalidad.

ELISEO.- Ya me impaciento, dejaos de discursos y proceded con celeridad.

(RÓMULO y REMO cogen una caja de maquillaje.)

RÓMULO.- (Le pinta los labios.) Daremos a tu boca la frescura de un clavel reventón.

REMO.- A tus ojos, la profundidad de la noche, **(Se los pintan de azul y negro,)** para que tu mirada se llene de embrujo excitante y cautivador.

RÓMULO.- Sí, tu mirar se hace penetrante y arrobador.

ELISEO.- Por favor, borrad de mi rostro el mortecino aspecto del cautivo de oficina.

REMO.- Te daremos el esplendor encendido de la adolescencia.

RÓMULO.- La lozanía y tersura de un rostro sensual e incitante. Borraremos cualquier vestigio de tu pasado, nada que recuerde tu aborrecible condición humana, y te convertiremos en una divinidad intangible, renacida, como el Ave Fénix, de tus propias cenizas.

REMO.- Eclipsarás a la propia hermosura y nadie podrá admirarte sin sufrir el candente efluvio de la beldad perfecta.

RÓMULO.- (Cuando han terminado de maquillarlo.) Y ahora colocaremos alrededor de tu esbelto cuello esta estola, que toma el color de la rosa, como símbolo de la sutileza, de la suavidad, de la atrayente dulzura.

(Le colocan una larga estola de plumas de color rosa.)

ELISEO.- ¿Ya? ¿Puedo asomarme ya al espejo a admirar mi nueva forma regeneradora?

RÓMULO.- Sí, ya puedes contemplar el ser renacido, engendrado de tu propio deseo en acto de hermafroditismo, como manera consumada de generación de los seres perfectos.

(ELISEO se sitúa ante el espejo y se contempla con delectación.)

ELISEO.- Sí, vuelvo a ser yo mismo, como cada día me ensueño y deseo. Mi corazón brinca de alegría porque vuelvo a encontrarme y a despertar. **(Grita alborozado.)** ¡Eliseo ha muerto! ¡Viva Elisa!

(Comienza a oírse «Para Elisa», de Beethoven, mientras ELISEO gira y evoluciona ante el espejo. Al término de la música, con voz femenina, pero no afectada.)

Dime, espejito mágico. ¿quién es la más bella de las mujeres? Yo, ¿verdad? Elisa, la más dulce y sublime de las mujeres.

RÓMULO.- La pura encarnación del amor.

REMO.- La viva imagen de la donosura.

ELISEO.- Gracias, queridos. **(Se aparta del espejo.)** Venid de mi lado, quiero sentir de cerca vuestra admiración y vuestro deseo contenido.

RÓMULO.- **(Le coge una mano y se la besa largamente.)** Elisa amada, mi mano tiembla al rozar la tuya. Siento un escalofrío profundo al contacto de tu sedosa piel.

REMO.- **(Le besa la otra mano.)** Todo en ti, querida Elisa, es hermoso. Noto cómo me envuelve el hálito que irradia tu cuerpo virginal, y siento que mi amor se purifica y acrecienta. Ámame siempre, Elisa.

RÓMULO.- Siempre, Elisa.

ELISEO.- Siempre os amaré, soy vuestra, os pertenezco. Mi cuerpo y mi alma son puro amor que nadie puede arrebatarnos. Y yo me siento orgullosa de ese amor que os regalo generosamente, sin condiciones, sin pedir nada a cambio.

REMO.- Sabes que tienes también el nuestro.

RÓMULO.- Y nuestra devoción.

ELISEO.- Lo sé, y me siento dichosa por ello, como una princesa de cuento de hadas entre dos príncipes apuestos que vienen a rescatarme de las fauces del hombre-dragón. **(Se separa.)** Sí, soy una reina, una diosa fulgurante. Los hombres más arrogantes caerían rendidos ante mi belleza, ante mis sublimes formas, ante mi encanto femenino.

RÓMULO.- Napoleón.

REMO.- Marco Antonio.

RÓMULO.- Valentino.

REMO.- Ronald Reagan.

ELISEO.- Pero sólo os amo a vosotros. Aborrezco a los demás hombres. Mi felicidad absoluta consistiría en prestarles mi dulzura, en que acudiesen a mí en busca de mi apoyo delicado, casi mimoso, de mujer, de mi auxilio en su carrera ambiciosa y desenfrenada, para sosegarlos, para hacerles ver la hermosura de un bello gesto. **(Se sitúa de nuevo ante el espejo.)** Porque yo podría darles todo eso y todo el amor, ¿verdad, espejo mágico? Yo soy agraciada y llena de sensibilidad. **(Se vuelve.)** Mas ellos no lo aceptan, sólo han venido a mí para exigirme y para empujarme. Han sido incapaces de descubrir la ternura que guardo en mi interior.

Ellos, los insensibles hombres, me han obligado a dirigirlos y a dominarlos con el disfraz de compañero fiero, sin que hayan llegado a sospechar siquiera que debajo se esconde una naturaleza débil y tierna de mujer. **(Pausa.)** Vosotros, mis queridos amigos, sabéis cuánto detesto esas maneras que cotidianamente me obligan a adoptar a causa de su ceguera, de su desprecio a la delicadeza, a la exquisitez, a la femineidad. **(Se vuelve.)** Mas ellos no lo aceptan, sólo han venido a mí para exigirme y para empujarme. Han sido incapaces de descubrir la ternura que guardo en mi interior. Ellos, los insensibles hombres, me han obligado a dirigirlos y a dominarlos con el disfraz de compañero fiero, sin que hayan llegado a sospechar siquiera que debajo se esconde una naturaleza débil y tierna de mujer. **(Pausa.)** Vosotros, mis queridos amigos, sabéis cuánto detesto esas maneras que cotidianamente me obligan a adoptar a causa de su ceguera, de su desprecio a la delicadeza, a la exquisitez, a la femineidad.

RÓMULO.- Tú eres sensitiva y espiritual.

REMO.- Sentimental y amorosa.

RÓMULO.- Maternal.

ELISEO.- Por eso soy feliz gozando de mi vida íntima, derrochando dulcedumbre con vosotros, mis seráficos amigos. Y así me gustaría vivir todos los momentos de mi vida, sin ocultar mi auténtico sexo.

RÓMULO.- No te tortures, Elisa, llegará la ocasión en que podamos vivir intensamente todas las horas del día.

ELISEO.- ¿En mi condición verdadera?

REMO.- Sin apariencias.

ELISEO.- Esa será la dicha total, mas, entre tanto, gocemos de nuestros momentos de intimidad. Regocijadme con vuestra siempre grata conversación.

(Extiende los brazos y ellos lo llevan de la punta de los dedos hasta sentarlo en el sillón del foro. Lo contemplan.)

RÓMULO.- Querida Elisa, dinos qué tema deseas que te ofrezcamos.

ELISEO.- Quiero que me digáis si de verdad me encontráis hermosa, si no se trata de un cumplido de amigos.

RÓMULO.- Eres como una diosa en su pedestal, invadiendo todo con tu belleza, como una aparición que en cualquier instante pudiera hacerse etérea y desaparecer.

ELISEO.- Temo enrojecer.

REMO.- Te envidiarían las mujeres más jóvenes y agraciadas si pudieran gozar de este momento.

ELISEO.- Me preocupan las otras mujeres. ¿No encontráis algunas que os atraigan más que yo?

REMO.- Eso es imposible. Las demás no pueden igualarte, a pesar de que hay cada tía...

ELISEO.- Remo, modera tu lenguaje, sabes que me resulta hiriente ese tono vulgar.

REMO.- Perdona, Elisa, ha sido una incorrección. Quise decir...

ELISEO.- Sé lo que has querido decir, y te lo agradezco. Vuestras palabras siempre son reconfortantes para mí. En correspondencia, me gustaría deleitaros con una canción o recitaros un poema de amor, pero me siento fatigada, levemente indispuesta. Y ya sabéis la importancia que para mí tiene todo lo que es arte...

RÓMULO.- ¿Quieres que lo hagamos nosotros?

ELISEO.- Luego, ahora voy a recompensaros con una revelación, con un secreto que os llenará de alborozo.

REMO.- Cuenta, los secretos nos apasionan.

ELISEO.- Me ha citado el presidente.

RÓMULO.- Eso no es nada nuevo, ha de haber algo más.

ELISEO.- Y lo hay, queridos, lo hay. ¿No lo adivináis?

REMO.- Se ha enamorado de ti.

ELISEO.- Eso es una impertinencia. Va a ofrecerme el cargo de ministro.

(RÓMULO y REMO se sientan en el suelo, a sus pies.)

RÓMULO.- Te subirán el sueldo.

REMO.- Podremos vivir en un palacio.

RÓMULO.- Podrás satisfacer aún más nuestros caprichos.

ELISEO.- No seáis materialistas.

REMO.- ¿Acaso te ilusiona?

ELISEO.- Al principio, no. Pero, luego, he comprendido que realizaré mi mayor sueño: mi triunfo como mujer. La única en el gobierno. (Ríe.) Tanto tiempo vedando el puesto a las mujeres y ahora yo me colaré solapadamente. No, no será un escalón más en la carrera del hombre que represento, será mi realización como mujer. Es mi oportunidad de imponer mi forma de pensar y mi estilo. Ya nadie podrá ponerme condicionantes. Seré yo, Elisa, también en mi vida pública.

RÓMULO.- Pero tu atavío será masculino, y también tu manera de actuar.

ELISEO.- Pero no mi pensamiento. Yo seré hombre, mas razonaré y decidiré como mujer, actuaré de acuerdo con mi condición. Haré que me respeten mis compañeros de gabinete y prodigaré delicadeza con el pueblo. Daré un nuevo sentido a la vida del país.

REMO.- ¿Te perderemos?

ELISEO.- jamás, mi espíritu permanecerá unido al vuestro por siempre. Nuestro amor no ha sido sólo carnal, y la unión espiritual es indestructible.

RÓMULO.- Te cuidaremos, esperaremos cada día tu regreso con impaciencia y te colmaremos de felicidad.

REMO.- Te compraremos elegantes atuendos, de tul y oro, y te adornaremos con las piedras más preciosas.

RÓMULO.- Haremos que tu belleza llegue al «súmmum», de acuerdo con tu nueva situación.

ELISEO.- (Los acaricia.) Sí, queridos, y yo os cuidaré con mayor celo y mimo, os acunaré en mis pechos (**Se palpa, como buscándose los.**) y aprenderé sofisticadas técnicas amatorias para deleitaros aún más en nuestro tálamo immaculado.

RÓMULO.- El amor contigo se sublima.

REMO.- Se purifica y ennoblece en su nobleza.

ELISEO.- Me arrobáis.

RÓMULO.- Nos congratulamos de tu triunfo.

ELISEO.- Os convertiré en ángeles auténticos, etéreos, de alas cristalinas y cuerpos ingravidos y puros.

REMO.- Te adoraremos, nuestra diosa sublime.

RÓMULO.- Brindemos por tu éxito, por nuestra felicidad creciente.

ELISEO.- Sí, brindemos con el mejor champán, pero antes desee que me deleitéis con una canción. Envolvedme con vuestras voces angelicales, lo necesito, es como una caricia exquisita.

REMO.- Cantaremos para ti una canción que hemos compuesto en tu honor.

ELISEO.- (Teatral.) Sí, sí, cantadla, os lo ruego.

RÓMULO y REMO.- (Se levantan y adoptan una postura muy estudiada. A dúo.)

«Tengo una muñeca
vestida de azul,
con su camisita
y su canesú.

La saqué a paseo,

se me constipó,
la tengo en la cama
con mucho dolor.

Dos y dos son cuatro,
cuatro y dos son seis,
seis y dos son ocho
y ocho dieciséis,

y ocho veinticuatro
y ocho treinta y dos.
¡Ánimas benditas,
me arrodillo yo!

ELISEO.- ¡Qué emoción!, gracias, habéis logrado enternecerme hasta el éxtasis, hasta casi hacerme brotar las lágrimas. Sois inigualables, tenéis alma de poeta. **(Se levanta.)** Y ahora sí, vamos a brindar por nuestra felicidad.

(RÓMULO y REMO cogen una botella de champán y tres copas.)

RÓMULO.- Lo haremos con este champán francés que reservamos para las grandes solemnidades.

ELISEO.- Magnífico, que éste será un momento importante e irreplicable en nuestras vidas. Yo serviré las copas con mis afiladas manos de artista. Sentaos, queridos, mientras las preparo, y formulad, como siempre, el deseo que más os satisfaga. **(Ellos se sientan en el sofá.)** Cerrad los ojos y no los abráis hasta que hayáis expresado vuestro deseo.

(Los jóvenes obedecen, circunstancia que ELISEO aprovecha para coger un pequeño frasco, escondido en cualquier parte, y verter su contenido en las copas de ellos.)

RÓMULO.- (Soñador.) Yo deseo un maravilloso automóvil que acaban de presentar al mercado con trompetas y timbales, para recorrer los campos y perdernos entre montañas, con nuestras risas felices de enamorados.

ELISEO.- Lo tendrás, un automóvil que vuele y se eleve ligero como una pluma y nos lleve a recorrer bosques de nubes.

REMO.- Yo deseo una casa junto al mar y un velero para fundir tu imagen con los azules y verdes del mar y el cielo en una imagen irreal, fantasmagórica.

ELISEO.- Sí, concedido, yo seré la diosa del mar y admirarán mi belleza las sirenas ocultas entre las olas. Tomad vuestras copas y brindemos. (**RÓMULO y REMO se levantan.**) Por nosotros, por la unión de nuestros espíritus en la eternidad.

(Beben con mimo, casi con ritual.)

RÓMULO.- Por tu triunfo, que es de los tres, que nos pertenece.

REMO.- Por tu belleza, que se acrecienta y se eleva sobre la perfección.

ELISEO.- Sentaos y contempladme, que mi imagen se grave profundamente en vuestras retinas, que os quede para siempre la visión de mi cuerpo, ataviado según vuestro deseo, y que permanezca este instante supremo que estamos viviendo.

RÓMULO.- Te recordaremos siempre así, majestuosa, impresionante, sensual. (**Siente una sensación nueva.**) Mirándote, siento como si quisiese volar, como si ya me elevase.

REMO.- (Igual.) Un sopor se apodera de mí. Ha de ser por tu atractiva presencia, por tu imagen, que se desvanece como una alucinación.

RÓMULO.- El sueño me invade.

ELISEO.- Dormid, pequeños, y que en vuestros sueños os unáis a mí, que vuestros espíritus se unan al mío y formen una trinidad perfecta.

(RÓMULO y REMO se recuestan y, poco a poco, quedan exánimes.)

Dormid, amados, vuestro sueño será eterno, pero os lleváis este momento imborrable de nuestra unión, de nuestro amor. Yo os amo y sé que, así, jamás os separaréis de mí. Incineraré vuestros cuerpos y guardaré vuestras cenizas en un relicario de oro que no apartaré nunca de mí. Estarán allá donde me encuentre. **(Breve pausa.)** Mis adorados querubines, permitid que bese vuestros labios aún calientes y vivos, en un adiós emocionado.

(Los besa.) No amaré a nadie jamás, sólo vuestro recuerdo. Me vestiré todos los días con los trajes que me habéis elegido y me asomaré al espejo para que podáis verme duplicada, para que mi imagen se agigante e inunde todo, para que vuestros espíritus puedan gozar con la mayor plenitud de mi presencia. **(Se coloca ante el espejo.)** ¿Ves espejo mágico?, sigo siendo extremadamente bella, pero me siento apenada por su marcha.

Tú me comprendes, ¿verdad? **(Se vuelve hacia los jóvenes.)** ¿Y vosotros? Tal vez no entendáis, pero ha sido necesario. Ahora voy a ser ministra, mi situación será más delicada, me vigilarán, no podré permitirme ningún fallo, sería desastroso y terrible para mí. Deseo perdurar. Vosotros erais mis únicos testigos, los únicos guardianes de mi secreto. Confiaba en vosotros, pero no podía exponerme. ¿Lo entendéis ahora? Alguien podría investigar, o vosotros cometer alguna indiscreción de juventud. **(Pausa.)** No, no podía exponerme, correr riesgos. No lo comprenderían, y me aplastarían. Ya, mi secreto sólo es mío. Es mi oportunidad. Seré la única mujer en el gobierno, aunque todos lo ignoren. Lucharé por conseguir un mundo menos duro y agresivo, dulcificaré la vida del país. Será la victoria de mi sexo, porque uno no tiene el sexo que elige el cuerpo, sino el alma. **(Pausa.)** Ya nada podrá separarme de mi destino. ¿Comprendéis, queridos? Erais mis únicos testigos. Os he amado ciegamente, por eso es mayor mi sacrificio de inmolaros, pero ha sido por salvar mi dignidad de mujer, por defender el puesto que como mujer me estaba vedado. **(Pausa.)** Querido presidente, aquí tienes a tu mejor aliada. Yo no te amaré, sería una traición, pero te serviré con compañerismo y con entrega. Sé que me amarías si pudieras verme como mujer, si pudieras compartir esta intimidad, mas solamente me verás con mi apariencia masculina, sin sospechar siquiera mi verdad. No importa, estaré a tu lado ofreciéndote un amor sacrificado. **(Vuelve al espejo y se remira.)** Aquí, en la intimidad, compararé mi imagen con el recuerdo de todas las mujeres que te aman, y me llenaré de regocijo por saberme superior a ellas, querido presidente. No, no sufras, nunca podré eclipsarlas porque ya no habrá ojos que puedan establecer y reconocer esta supremacía mía. Porque esos ojos, mudos y dulces, los he cegado para siempre. **(Va junto al sofá y se arrodilla.)** Perdóname Rómulo, perdóname Remo, no he tenido otro remedio, pero vuestro paso al sueño eterno ha sido agradable y placentero. Yo velaré vuestro sueño mientras vuestras almas alcanzan la perfección que tanto amabais. Dormid y soñad, que yo os cuido amorosamente, con ternura, con mi sublime delicadeza. No, no estáis muertos, sólo dormidos, porque vuestros espíritus viven felizmente. Dormid, mis niños, dormid, vuestra esposa, vuestra ministra os acuna, dormid... **(Canta.)**

A la nanita, nana,
duerme, mi niño;
va entornado los ojos,
tiene sueñito.

Ea la nana,
ea, la nana:
duérmete, lucerito
de la mañana.

Pajarito que cantas
junto a la fuente,
cállate, que mi niño
no se despierte.

Ea la nana,
ea, la nana:
duérmete, lucerito
de la mañana.

**(Repite el estribillo, tarareándolo con la boca cerrada,
mientras, lentamente, cae el telón.)**

FIN